

# SOBRE LA DIMENSIÓN ANÍMICA DE LA ACCIÓN<sup>1</sup>

---

LAURA UNÁS BETANCOURT<sup>2</sup>

2

---

<sup>1</sup> Trabajo producido para el Seminario de Teorías de la Acción del profesor Jorge Andrés López

<sup>2</sup> Estudiante de Ciencia Política y Filosofía de la Pontificia Universidad Javeriana Cali. Correo electrónico: [lauraunas97@javerianacali.edu.co](mailto:lauraunas97@javerianacali.edu.co)

## Resumen

De acuerdo con la teoría freudiana, las exigencias pulsionales que gobiernan al hombre sostienen una relación antitética con los preceptos culturales y es, precisamente, en el intersticio de dicha tensión, donde resulta posible encontrar aquello que configura el punto de partida para la interpretación de su acción. Por ello, la pertinencia de las tesis arrojadas por la investigación psicoanalítica se extiende hasta el campo de conocimiento que compete al científico-social, en tanto permite dilucidar la forma en la cual el sujeto, susceptible de ser constituido por un proyecto cultural que oriente su comportamiento, actúa dentro de marcos institucionales determinados. En este sentido, el abordaje de fenómenos sociales desde el terreno de lo anímico permite dar cuenta de la correspondencia entre la configuración del aparato psíquico del sujeto y las condiciones de posibilidad de todo proyecto cultural.

28

**Palabras clave:** pulsión, compulsión, acción, cultura, sujeto, aparato psíquico.



## Introducción:

“Tanto pulsión como contrapulsión, actúan como expansores vitales y no como inhibidores de la vida. (...) El resultado no es, en consecuencia, una escisión sino un grado superior de integración de sí mismo.” (Lou Andrea Salomé, *Aprendiendo con Freud*).

A toda teoría de la acción subyace, necesariamente, un presupuesto antropológico, responsable de fijar los límites de la matriz explicativa ofrecida por una metafísica de la agencia semejante. Al aceptar lo anterior, resulta posible determinar que el hombre, en tanto gestor de causalidad, sostiene relaciones especiales con sus efectos, sus acciones. En este orden de ideas, el filósofo estadounidense Donald Davidson (1963) arguye que las acciones son fenómenos complejos cuya índole impide formular modelos legaliformes que sustenten teorías predictivas, pues su causa efectiva, imposible de intuir mediante los sentidos, reside en el contenido subjetivo del agente.

29

---

Precisamente por ello, algunas teorías contemporáneas sobre la acción, como aquella formulada por Davidson (1963), resultan insuficientes para aprehender de forma exhaustiva su naturaleza, puesto que parten de presupuestos ontológicos igualmente insuficientes para dar cuenta de un fenómeno aún más complejo: el hombre. En contraste, una teoría sobre la acción reconstruida a la luz de la investigación psicoanalítica proporciona un marco interpretativo mucho más rico, pues, al concebir al hombre como una máquina volitiva, cuya dimensión sensible es tanto más robusta que su dimensión racional (Freud, 1976), resulta posible entender la manera en que éste, como causa efectiva, se hace a sí mismo a través de su hacer: las acciones, como medios de transformación de estados de cosas en el mundo, al articularse, configuran un proceso constante de auto creación, de auto gestión.

Así pues, lo propio de la acción no se agota en su calidad de rasgo de sucesos particulares (Davidson, 1963), sino que se extiende para

constituir un continuo proceso de construcción de sí, en el cual la acción cristaliza aquello que el hombre es. Por tanto, resulta imperativo abordar la acción desde una perspectiva mucho más amplia, una que desborde los límites impuestos por categorías como la intencionalidad, una que reconozca, desde luego, su dimensión estética. De ahí la pertinencia de la teoría freudiana que, a partir de la diferenciación entre una superficie consciente –fuente de intención- y un abismo inconsciente que se oculta bajo dicha superficie, proporciona un enfoque fundamentalmente estructurado desde la interpretación de la experiencia sensible del individuo, previa a la creación de su yo. En este sentido, cobran plena vigencia las formas primitivas de interacción entre el hombre y su mundo exterior, que tienen lugar durante un estadio previo a que este devenga portador de cultura.

El presente trabajo se propone evidenciar la importancia de considerar el alcance de toda ontogénesis que subyazca a una metafísica de la agencia, en aras de mostrar los diferentes matices que adquiere el abordaje de la acción desde su dimensión sensible. Para ello, la argumentación será conducida a la luz de una reconstrucción de los principales postulados del psicoanálisis, propuestos por el médico austriaco Sigmund Freud, en contraste con los presupuestos de una teoría sobre la acción intencional, como aquella formulada por el filósofo analítico estadounidense, Donald Davidson (1963). Ello, con el fin de proponer un marco interpretativo que, desde la filosofía estética, pretende contribuir con conceptualizaciones que resulten enriquecedoras para el campo de investigación de los científicos sociales.

30

### **Acción, intención y razones**

Teniendo como objeto cumplir con el propósito ya trazado, es preciso reconstruir los principios de la teoría sobre la acción de Donald Davidson (1963), a partir de su libro “Ensayos sobre acciones y sucesos”. En primer

lugar, el autor caracteriza la acción como un movimiento corporal atribuible a un agente, de carácter intencional y susceptible de ser descrito a partir de la noción de causalidad ordinaria, esto es, de la relación entre dos fenómenos de distinta naturaleza en la que uno es la causa del otro, su efecto (Davidson, 1963). Para lograrlo, el filósofo propone una matriz explicativa según la cual las acciones son sucesos causados por una razón primaria, consistente en una actitud favorable o creencia relacionada respecto a un tipo especial de acción; explicar ofreciendo razones primarias es, siguiendo la conceptualización de Davidson, racionalizar la acción. En sus propias palabras:

“siempre que alguien hace algo por una razón, puede caracterizarse: (a) como si tuviera algún tipo de actitud favorable hacia acciones de una clase determinada, y (b) como si creyera (o supiera, percibiera, notara, recordara) que su acción es de esa clase”. (Davidson 1963, pp. 17-18)

Ahora bien, la causalidad es una marca distintiva de las acciones (Davidson 1963) que, no obstante, resulta insuficiente para dar cuenta de la naturaleza misma de la acción o de la relación que sostiene con su agente. De ahí que el autor se vea forzado a hacer uso del concepto de efecto de acordeón, de acuerdo con el cual una acción puede ser descrita en función de sus consecuencias; es decir, de una multiplicidad de descripciones distintas sobre una y la misma acción.

De dicha conceptualización, se derivan dos aspectos particularmente problemáticos, si se pretende ofrecer un enfoque que aprehenda la acción en toda su amplitud y que, en consecuencia, resultan pertinentes para la discusión que aquí se plantea. No obstante, antes de seguir con la exposición de los mismos, es necesario volver sobre el concepto de razón primaria, definido así por el filósofo estadounidense:

“R es una razón primaria por la que un agente realizó una acción A en la descripción d, solo si R consiste en una actitud favorable del agente hacia

las acciones que poseen cierta propiedad y en una creencia suya de que A en la descripción d tiene esa propiedad”. (Davidson, 1963, pp. 20).

### **Sobre la no intención dotada de sentido**

En primer lugar, siguiendo la línea argumentativa que supone el concepto de actitud favorable, Davidson (1963) escribe: “por lo menos en un gran número de casos típicos, tiene que suponerse la presencia de alguna actitud favorable si la formulación de las razones que tuvo un agente para actuar ha de ser inteligible” (pp.27); ello significa que, al menos bajo una descripción, la acción ha de poder ser interpretada bajo un aspecto que la haga intencional, en tanto presupone un conocimiento por parte del agente de lo que hace y que, así mismo, resulta inteligible para el observador. En otras palabras, toda acción es un acto intencional.

Ahora bien, la premisa fundamental del psicoanálisis, de acuerdo con Freud (1976b), consiste en la diferenciación de lo psíquico entre lo consciente y lo inconsciente. En este sentido, es lícito señalar que el marco explicativo propuesto por Davidson (1963) resulta insuficiente para dilucidar la naturaleza de la acción en toda su amplitud, pues existen acciones que no son susceptibles de ser descritas bajo, al menos, un aspecto intencional; en efecto, la superficie consciente -responsable de aquellas acciones cuya razón primaria resulta inteligible al menos bajo una descripción- se opone a la profundidad inconsciente, mucho más vasta.

En este punto, resulta importante señalar que solo aquello que acontece en la superficie consciente es, en términos de Davidson (1963), un fenómeno intencional, en tanto este presupone la capacidad del agente para identificar la razón primaria (actitud favorable o creencia relacionada) que lo conduce a la ejecución de una acción. En consecuencia, la categoría de intencionalidad implica la idea de un “yo” como única instancia psíquica a la cual le es atribuible la causa de la acción, oponiéndose por

ello a la teoría psicoanalítica, que plantea la existencia de tres instancias psíquicas que configuran el terreno de lo anímico, a saber, el yo, el ello y el superyó.

La anterior diferenciación es fundamental para argumentar cómo el psicoanálisis proporciona un marco interpretativo que arroja nueva luz sobre el aspecto no intencional de las acciones, siendo entonces preciso iniciar con la reconstrucción de sus principales postulados. Por tanto, cabe mencionar que la investigación psicoanalítica se caracteriza por fundamentar sus resultados en la observación y análisis de los fenómenos psíquicos que tienen lugar durante los primeros años de vida, con el fin de explicar el proceso de construcción del yo. Así pues, el primer respiro de vida corresponde a una experiencia netamente sensible, pues en la fase primigenia de su desarrollo individual, el bebé experimenta toda sensación como una totalidad que no admite diferenciación entre su propio cuerpo y un mundo exterior; el bebé es, pues, en principio, una unidad con el todo, regida por un principio de placer. De ahí que sea lícito afirmar que, en efecto, durante esta etapa el sentimiento yoico no existe aún; por el contrario, deviene.

La fase posterior a este estadio primigenio, que Freud (1976<sup>a</sup>) ha denominado “autoerotismo”, se caracteriza por el discernimiento entre sí y un mundo exterior, que es reconocido como fuente de sensaciones; dicha ruptura con el todo representa para el infante tal nivel de sufrimiento, que “nace la tendencia a segregar del yo todo lo que pueda devenir fuente de un tal displacer, a arrojarlo hacia afuera, a formar un puro yo- placer, al que se contrapone un ahí- afuera ajeno, amenazador” (Freud 1976c, pp. 68). Y es, precisamente, en el curso de esta transición, cuando irrumpe en escena el llamado principio de realidad, es decir, el reconocimiento de un mundo exterior, que, empero, no sustituye al primitivo principio de placer, el cual, si bien desde una posición subordinada, continua latente, fijando la agenda en la operación del aparato anímico acorde a sus fines.

El discernimiento de un mundo exterior y la irrupción del principio de realidad marcan el punto de partida de dos procesos psíquicos simultáneos y recíprocos. Por un lado, el yo se cristaliza como instancia psíquica con sede en la superficie consciente que administra y organiza, de forma coherente y en la medida de lo posible, las exigencias pulsionales que brotan desde lo inconsciente, sometiéndolas a las restricciones impuestas desde el exterior, y cuya continuación en la profundidad inconsciente adquiere la forma de ello, instancia psíquica en la que reina el principio de placer. Sobre esto, Freud (1976b) escribe:

“Por lo que respecta a la acción, se halla el yo en una situación semejante a la del monarca constitucional, sin cuya sanción no puede legislarse nada, pero que reflexionará mucho antes de oponer su veto a una propuesta del parlamento.” (pp. 47)

34

Teniendo, pues, la pretensión de sustituir el principio de placer por el principio de realidad, el yo da lugar a la emergencia de una economía anímica, que opera de acuerdo con la lógica del principio de placer, pero subordinando la satisfacción del deseo a la evitación del sufrimiento, como medida de precaución para la orientación de la acción. Para ello, se vale de diferentes mecanismos, siendo la represión el más característico de la relación entre el consciente y el inconsciente; descrito en palabras de Freud (1976b):

“Existen procesos o representaciones anímicas de gran energía que, sin llegar a ser conscientes, pueden provocar en la vida anímica las más diversas consecuencias (...). Tales representaciones no pueden llegar a ser conscientes por oponerse a ellos cierta energía, sin la cual adquirirían completa conciencia” (pp.9)

En este sentido, y comprendiendo la lógica económica seguida por el aparato anímico, en la cual se subordina el principio de placer al principio de realidad con el fin de evitar el displacer y buscar la mayor



satisfacción pulsional posible, resulta lícito asegurar que incluso aquellas acciones que no revelan una intencionalidad consabida en la superficie consciente, están dotadas de un sentido susceptible de ser rastreado a través del método psicoanalítico.

Tal como un leve movimiento, apenas perceptible, en la superficie de las aguas de un lago es indicador de uno, mucho más enérgico, ejecutado por una criatura que recorre sus profundidades, sin que este último pueda ser observado por un espectador, que solo estará en capacidad de deducirlo, así también opera la relación entre el consciente y el inconsciente.

Para ilustrar, me permito aludir a un argumento señalado por Davidson (1963) en su reflexión, según el cual un error no es otra cosa que “hacer algo con la intención de alcanzar un resultado que no se presenta” (pp. 67). Pues bien, resulta ya posible establecer que un error<sup>3</sup> no constituye, en lo absoluto, un acto intencional; por el contrario, corresponde a un mecanismo que obedece a la lógica de la ya mencionada economía anímica, operando desde lo inconsciente, es decir, desde lo no consabido por el agente en su superficie consciente. En suma, si bien todos los procesos anímicos, entre ellos las acciones, son susceptibles de ser explicados por mecanismos psíquicos, ello es posible tan solo en virtud de la existencia de un determinismo que, desde lo inconsciente, busca su exteriorización en la superficie consciente, consolidándose en la acción efectiva y, en apariencia, no deliberada; dotándola de sentido.

---

<sup>3</sup> En su libro *Psicopatología de la vida cotidiana* Freud (1976) distingue entre dos tipos de “errores”, en el sentido indicado por Davidson (1963), a saber, los actos fallidos y las acciones casuales. Los primeros corresponden a un mecanismo según el cual el inconsciente opone una resistencia interior a los esfuerzos conscientes para la ejecución de una acción, mientras que las segundas corresponden a acciones sintomáticas que pasan inadvertidas, por creerse no susceptibles de interpretación. Ambos constituyen mecanismos de la economía anímica que permiten identificar la existencia de contenidos reprimidos.

## Entre la pulsión y la compulsión

En segundo lugar, de acuerdo con la conceptualización de Davidson (1963), una razón primaria se define, parcialmente, como una actitud favorable, referida a un espectro demasiado general, demasiado amplio de posibilidades. esto incluye sentimientos, emociones, estados de ánimo, pasiones y deseos, así como convicciones morales, principios estéticos, convenciones sociales, metas y valores públicos, etc. (Davidson 1963), siempre y cuando todas ellas supongan el potencial explicativo necesario para comprender por qué un agente escoge un curso de acción.

En aras de poner en discusión tal aspecto de su teoría, es preciso señalar de antemano que la crítica se orienta a poner de manifiesto la insuficiencia que implica la definición de actitud favorable, constitutiva de la razón primaria que racionaliza la acción, en tanto desconoce un rasgo fundamental de la misma: su dimensión sensible. Esto, como consecuencia de que, desde la perspectiva de Davidson (1963), no es posible apreciar que detrás del obrar humano existen causas de naturaleza radicalmente distintas que sostienen una relación antitética -pero absolutamente necesaria-, una relación que termina por configurar aquello que el agente concibe como su yo. En efecto, una generalización semejante se nos antoja demasiado vaga y resulta, en consecuencia, incapaz de evidenciar de la oposición entre lo que el hombre desea y lo que se le impone desde su mundo exterior, al presuponer la preexistencia de la norma moral en la constitución del yo, sin proceso de interiorización, sin el previo despliegue de mecanismos de resistencia.

Por el contrario, los postulados psicoanalíticos permiten arrojar luz sobre la génesis de aquella tensión entre hombre y cultura. Como se mencionó en el apartado anterior, la irrupción del principio de realidad, en la cual el sujeto disgrega de sí un mundo exterior y configura su prematuro yo, exige la interiorización de la compulsión externa, encarnada en la cultura. En este orden de ideas, es entonces pertinente

proceder hacia el esclarecimiento del concepto de cultura. En su ensayo “El provenir de una ilusión”, Freud (1976c) la define como: “todo aquello en lo cual la vida humana se ha elevado por encima de sus condiciones animales y se distingue la vida animal” (pp.5-6), conteniendo las instituciones necesarias para regular las relaciones interpersonales de los miembros del cuerpo social, las técnicas y saberes para el dominio de la naturaleza exterior, las expresiones artísticas, representaciones religiosas y el desarrollo de la ciencia. De este modo, la cultura pretende el dominio del hombre sobre la naturaleza exterior y sobre su propia naturaleza interior, valiéndose de medios coercitivos, de compulsión, que aseguran la renuncia a las exigencias del instinto, como condición de su posibilidad y su mantenimiento.

Por su parte, el concepto de pulsión es caracterizado por Freud (1976b) como uno de carácter “fronterizo entre lo anímico y lo somático, como representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma” (pp. 117). Esto es, un intersticio entre lo corpóreo y los procesos anímicos, que se manifiesta como una fuerza interior incoercible e inagotable, como potencia de auto conservación y de deseo, correspondiendo, respectivamente, a la pulsión yoica y pulsión sexual, esta última revestida de energía libidinal con la que carga a sus objetos de satisfacción.

De la naturaleza inherente a estas fuerzas de pulsión y compulsión es posible entender por qué sostienen una relación antitética: una presupone la negación de la otra. Precisamente por ello que su tensión configura la base sobre la que descansa la construcción de la personalidad integrada del sujeto: una presupone la existencia de la otra. Relación antitética sí, pero necesaria.

De ahí que el umbral de una tensión semejante suponga el fundamento de aquello en virtud de lo cual el hombre, en tanto gestor de causalidad de su acción efectiva, es, al mismo tiempo, gestor de sí mismo. La construcción del yo es, pues, un proceso que tiene lugar en el seno de

dicha tensión y cuya cristalización es descrita por Freud (1976c) de la siguiente forma: “está en la línea de nuestra evolución interiorizar poco a poco la compulsión externa. Así una instancia anímica particular, el superyó del ser humano, la acoge entre sus mandamientos” (pp. 11).

Debo insistir en que, desde luego, la tensión entre hombre y cultura en el nivel de lo anímico toma la forma del conflicto entre el yo y el superyó, la antítesis entre el mundo exterior y la naturaleza interior. Esta oposición constituye, pues, la causa que orienta la acción, hecho que Davidson (1963) niega al desconocer que existen razones que, en principio, no satisfacen la exigencia pulsional del sujeto, circunscrito dentro de un contexto institucional determinado.

Siguiendo esta línea de pensamiento, quisiera concluir sosteniendo que el reconocimiento del sustrato sensible de la acción, que el psicoanálisis pone de relieve, es revelador para el progreso en la investigación de las ciencias sociales, puesto que proporciona una matriz explicativa mucho más enriquecedora para dilucidar la génesis y el desarrollo del comportamiento moral<sup>4</sup> del hombre, como aspecto fundamental y absolutamente natural de la constitución de su yo, a partir del análisis de arquetipos infantiles y el desarrollo filogenético, que se reproducen tanto a nivel individual como colectivo. En efecto, la compulsión necesaria para que el hombre devenga sujeto moral tiene un origen, en principio, netamente afectivo, que culmina con la instauración del superyó.

En consecuencia, es necesario reconstruir el complejo psíquico que subyace a todo sistema moral: el Complejo de Edipo. Este tiene lugar durante los primeros años de vida, en los que el prematuro yo se encuentra apenas en su estadio primigenio. Así pues, una vez superada la

---

<sup>4</sup> En “El porvenir de una ilusión” Freud (1976c) escribe: “en realidad, el psicoanálisis es un método de investigación, un instrumento neutral” (pp. 36). En virtud de ello, es importante hacer énfasis en que los postulados de la teoría psicoanalítica responden a intereses fundamentalmente explicativos y no tienen pretensión de denunciar o censurar el comportamiento moral o los mecanismos de compulsión; antes bien, estos son considerados absolutamente necesarios, tanto para el mantenimiento de la cultura, como para la constitución del hombre mismo.

fase autoerótica, el bebé está ya en capacidad de revestir a otros objetos de energía libidinal, siendo la madre el primero de ellos. Posteriormente, la figura del padre, quien censura los deseos sexuales del niño orientados hacia la madre, es percibida por este como un obstáculo para la satisfacción de sus exigencias pulsionales, cumpliendo con la función de castración. Finalmente, el complejo de Edipo culmina con la identificación del niño con su padre.

A nivel de la formación de la personalidad del sujeto, el Complejo de Edipo representa la interiorización de la norma y el sometimiento al mandato de la autoridad, encarnada en la figura del padre castrador, que exige un robustecimiento del yo. En palabras de Freud (1976b):

“los efectos de las primeras identificaciones realizadas en la más temprana edad, son siempre generales y duraderas. Esto nos lleva a la génesis del ideal del yo, pues detrás de él se oculta la primera y más importante identificación del individuo, o sea, la identificación con el padre” (pp. 24).

Hasta aquí no se ha mencionado, sin embargo, nada que resulte particularmente revelador o diferente a lo que ya he venido sosteniendo. Cabe entonces preguntarse, ¿Por qué el origen del superyó, en tanto instancia psíquica en nombre de la compulsión externa, termina configurando el sustrato sensible que orienta la acción moral? Pues bien, justamente, el sometimiento a los preceptos morales se edifica sobre la base de una subordinación del yo al mandato del superyó, que se traducen en la censura moral; el ideal del yo se constituye como un crítico implacable del yo, quien responde volcando la agresividad propia de su naturaleza instintiva hacia sí mismo, desembocado en la sujeción a la norma. Es, en otras palabras, la tensión entre el yo y el superyó, el miedo del primero ante el poder castrador del segundo, la base sobre la que descansa la condición de posibilidad de todo proyecto cultural.

## Conclusión

Teorías contemporáneas sobre la acción como aquella formulada por Donald Davidson (1963), tienen a su base presupuestos antropológicos limitados que, al concebir al hombre únicamente desde su dimensión intencional- racional, desconocen la existencia de un sustrato inconsciente que no orienta la acción exclusivamente, sino también la constitución misma del sujeto. De ahí que el marco explicativo propuesto por el autor norteamericano resulte útil, a lo sumo, para abordar la acción humana tan solo en su aspecto intencional, por tanto, únicamente aprehensible como un suceso particular e independiente de la constitución psíquica de su gestor.

Por el contrario, la aplicación de los resultados arrojados por la investigación psicoanalítica en el campo de estudio de las ciencias sociales proporciona una matriz interpretativa de la acción que permite dilucidar su propia naturaleza en toda su complejidad, al menos, en la medida de lo posible. En este sentido, el análisis de arquetipos infantiles y el desarrollo filogenético del hombre, tal y como los caracteriza Sigmund Freud en su nivel individual y colectivo, permite dar cuenta de los procesos psíquicos que fijan la personalidad integrada del individuo, así como las causas que orientan su obrar, constituyendo, así, el punto de partida para la explicación de fenómenos tales como las acciones no intencionales y las causas de la acción independientes del deseo.

40

## Referencias:

- Davidson, D. (1963). *Ensayos sobre acciones y sucesos*. México: Crítica.
- Freud, S. (1976). *Obras completas (Vol.6)*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1976a). *Obras completas (Vol.14)*. Buenos Aires: Amorrortu Editores

Freud, S. (1976b). Obras completas (Vol.19). Buenos Aires: Amorrortu Editores

Freud, S. (1976c). Obras completas (Vol. 21). Buenos Aires: Amorrortu Editores

Salomé, L. A. (2001) Aprendiendo con Freud. Barcelona: Editorial Laertes.